

alusiones a la materia clásica con la aparición de personajes como Medea, autoridad que custodia los libros hasta la entrega al autor para su traducción y difusión. Aunque el mito del laberinto de Creta y el triunfo sobre el Minotauro son unas de las aventuras más especiales e importantes del libro (III, cap. XVII-XX, pp. 463-449) porque no solo recrean el conocido mito a través de las ilustraciones que ve Claramante comprendiendo el aberrante acceso de Pasífae con el toro, la ingratitud de Teseo hacia Fedra y Ariadna y la condena del ateniense por parte de Dédalo a permanecer en el laberinto, sino que confieren prestigio a la historia y a Claramante, al ser el caballero griego que entra en el laberinto legendario, vence a Teseo y le gana su afamada hacha para así quitar el encantamiento a su sobrino Claridiano, darle la orden de caballerías y hacerle su más fiel compañero de aventuras. La historia de los hijos y sobrino de Trebacio se interrumpe con el rapto de las damas y su encantamiento por Selagio en el monte Olimpo, aventura que se deja para ser resuelta en la quinta parte manuscrita.

Todos estos elementos y muchos más, no citados en esta breve reseña, pueden apreciarse con la lectura de esta historia que en una cuidada edición vuelve a ver la luz tras muchos años de condena a la oscuridad, al no conocimiento y que liberada del encantamiento ahora servirá de disfrute para el lector actual.

Elisabet MAGRO GARCÍA
Universidad de Alcalá / Centro de Estudios Cervantinos

Julio César SANTOYO MEDIAVILLA, *Sobre la traducción: textos clásicos y medievales*, León, Universidad de León—Área de publicaciones (Estudios Medievales, 3), 2011, 453 pp.

Nullunst iam dictum quod non dictum sit prius, o sea «Nada queda por decir que no se haya dicho antes»: con esta frase del dramaturgo romano Terencio (161 ca. d.C.) el profesor Santoyo introduce su antología de textos clásicos y medievales sobre la traducción. Parece un contrasentido, no obstante, todo logra demostrar a través de estos textos sobre teoría de la traducción cómo desde tiempo inmemorial los intérpretes y traductores sienten las mismas inquietudes, dudas y frustraciones. Nada mejor para demostrarlo que escuchar sus propias voces: a través del tiempo nos cuentan su ardua tarea y los problemas y soluciones que encontraron en su labor de acercar los textos a quienes no podían leerlos en su versión original. Esta es la idea central de esta recopilación: ofrecer al lector la reflexión directa de los traductores, desmentir la creencia compartida por críticos e historiadores de que los traductores antiguos no dejaron reflexiones acerca de lo que hacían, de su método de trabajo y de las dificultades que supone verter un texto de una lengua a otra.

En su introducción, Santoyo ofrece varios ejemplos –en un arco temporal que va desde el siglo VIII al Renacimiento– de traductores que hablan y comparten sus problemas; en ciertos casos relatan su imposibilidad para traducir textos literarios: desde Beda el Venerable hasta Alonso de Madrigal el Tostado, pasando a través de Abû Utmân al-Jâhiz («si se traduce la poesía, se destruye», pp. 18 y 139) o incluso de Dante. También describe otras dificultades con que se encuentran los profesionales de la traducción: por un lado, las constantes críticas y el escaso reconocimiento de su labor; por otro, la persistente cuestión de cómo traducir un texto –*ad sensum* o *ad verbum*, según la palabra o el sentido–; y, en fin, la decisión que el traductor tiene que tomar sobre si realizar una adaptación del discurso a la mentalidad de quienes está dirigida la traducción. Este último punto sobre la adaptación, ha sido replanteado por los teóricos de la traducción moderna y contemporánea –primero Schleiermacher¹, seguido por Ortega y Gasset y más tarde por Lawrence Venuti– bajo los marbetes de domesticación y extranjerización.

Santoyo continúa ofreciendo una relación de las principales antologías de testimonios históricos sobre teoría de la traducción que han sido publicadas desde los años sesenta, y advierte al lector de que en ellas casi no se ha prestado atención a las aportaciones de los escritores clásicos y medievales, excluyendo, claro está, a los más célebres. En este sentido, *Sobre la traducción: textos clásicos y medievales* es una muy cuidada antología, en la que el profesor Santoyo recoge junto con los autores habituales también a aquellos olvidados hasta el momento por la crítica, formando una novedosa y meritoria visión de conjunto.

Llegamos por fin al *corpus* de textos propiamente dicho de la antología. En una simple reseña, es imposible detallar la experiencia traductora de cada uno de los autores recogidos en este largo viaje a través del tiempo, al menos está en nuestras manos destacar a algunos de los más significativos. Para ello y con el fin de que el estudioso disponga de una idea más clara del contenido de la antología, sintetizamos aquí un índice de los autores y del período en el que vivieron:

1. Heródoto de Halicarnaso (ca. 484-425 a.C.); 2. Jenofonte (ca. 431-354 a.C.); 3. Terencio (ca. 200-159 a.C.); 4. Cicerón (106-43 a.C.); 5. Horacio (65-8 a.C.); 6. Filón de Alejandría (ca. 15 a.C.-45 d.C.); 7. Plinio el Viejo (23-79 d.C.); 8. Flavio Josefo (ca. 37-101 d.C.); 9. Quintiliano (ca. 39-95 d.C.); 10. Plinio el Joven (ca. 61-113 d.C.); 11. Aulo Gelio (II d.C.); 12. Tertuliano

¹ En otra antología, citada en esta introducción p. 23, se encuentra esta célebre cita de Schleiermacher, desde *Über die verschiedenen Methoden des Übersetzens*, 1813 (en español, *Sobre los diferentes modos de traducir*) sobre la metodología del traductor que «o bien deja al escritor lo más tranquilo posible y hace que el lector vaya a su encuentro, o bien deja lo más tranquilo posible al lector y hace que vaya a su encuentro el escritor», en Miguel Ángel Vega Cernuda (ed.), *Textos clásicos de teoría de la traducción*, Madrid, Cátedra, 1994, p. 231.

(ca. 160-220); 13. Zhi Qian (ca. 200-252); 14. Dao'an (ca. 314-385); 15. Hilario de Poitiers (ca. 315-367); 16. Evagrio de Antioquía (ca. 345-399); 17. Eusebio Jerónimo (ca. 345-420); 18. Rufino de Aquilea (345-411); 19. Agustín de Hipona (354-430); 20. Pammaquio (iv d.C.-410) y Océano (iv-v d.C.); 21. Teodoro Prisciano (v-vi d.C.); 22. Aniano de Celeda (princs. v d.C.); 23. Boecio (ca. 480-524); 24. Casiodoro (ca. 485-580); 25. Pascasio de Dume (vi d.C.); 26. Martín de Dume (ca. 515-580); 27. Gregorio I (ca. 540-604); 28. Isidoro de Sevilla (ca. 560-636); 29. Beda el Venerable (ca. 672-735); 30. Abû Utmân al-Jabiz (ca. 770-869); 31. Otfrid de Weissenburg (ca. 790-875); 32. Juan Escoto Eriugena (ca. 800-875); 33. Hunayn ibn Ishaq (ca. 808-873); 34. Anastasio, Bibliotecario papal (ca. ix); 35. Notker el Tartamudo (ca. 840-912); 36. Alfredo el Grande (849-899); 37. Abû al-Hasan Ali al-Mas'ûdi (fins. ix-956); 38. Abû 'Aîñ ibn al-Samh (ca. 942-*p.q.* 980); 39. Aelfric el Gramático (ca. 955-1020); 40. Al-Hasan ibn Suwâr (ca. 942-1017); 41. Notker Labeo (ca. 950-1022); 42. Ephrem Mtsiré (-†1110); 43. Constantino el Africano (ca. 1020-1087); 44. Juan Hispalense (s. xii); 45. Moisés de Bér-gamo (princs. xii); 46. Godofredo de Monmouth (ca. 1100-1155); 47. Pedro Diácono (ca. 1107-1140); 48. Pierre Marie de Montboissier (ca. 1092-1156); 49. Hugo Sanctelliensis (princs. xii); 50. Anselmo de Havelberg (ca. 1099-1158); 51. Burgundio de Pisa (princs. xii-1193); 52. Eugenio da Palermo (ca. 1130-1202); 53. Avendaut Israelita (activo entre 1135 y 1153); 54. Jean Sarrazin (s. xii); 55. Pascalis Romanus (s. xii); 56. Marcos de Toledo (*a.q.* 1193-*p.q.* 1216); 57. Maimónides (ca. 1138-1204); 58. Judah ben Solomon al-Harizi (ca. 1170-1230); 59. Samuel ben Tibbon (ca. 1150-1230); 60. Felipe de Trípoli (s. xiii); 61. Giovanni di Pian del Carpine (ca. 1182-1252); 62. Hermann el Alemán (ca. 1205-1274); 63. Alfonso X el Sabio (1221-1284); 64. Tomás de Aquino (1225-1274); 65. Buenaventura de Siena (s. xiii); 66. Roger Bacon (ca. 1214-1294); 67. Juan de Antioquía (s. xiii); 68. Jofroi de Waterford (-ca. †1300); 69. Jean de Meun (ca. 1240-1305); 70. Giovanni da Montecorvino (ca. 1247-1328); 71. Dante Alighieri (1265-1321); 72. Jaime II de Aragón (1267-1327); 73. Pierre Bersuire (ca. 1290-1362); 74. Sem Tob ben Isaac Ardotal (ca. 1290-1369); 75. Salâh al-Dîn al-Safadî (ca. 1296-1363); 76. Richard Rolle (ca. 1300-1349); 77. Berthold el Teutónico (-*p.q.* †1300); 78. Jacopo Passavanti (ca. 1302-1357); 79. Giovanni Boccaccio (1313-1375); 80. Pere Saplana (-ca. †1365); 81. Jacme Conesa (activo en 1345); 82. Raoul de Presles (ca. 1314-1383); 83. Nicole d'Oresme (ca. 1320-1382); 84. Jean Lefevre (ca. 1320-1387); 85. Juan Alfonso (activo en 1378); 86. Simón de Hesdin (-†1383); 87. Ferrer Sayol (activo en 1385); 88. Coluccio Salutati (1330-1406); 89. Pedro López de Ayala (1332-1407); 90. Geoffrey Chaucer (ca. 1342-1400); 91. John Trevisa (ca. 1342-1402); 92. John Purvey (ca. 1354-1428); 93. Anton Ginebreda (-†1394); 94. Leonardo Bruni (ca. 1370-1444); 95. John Lydgate (ca. 1370-1451); 96. Jean de Rovroy (ca. 1373-1461); 97. Cencio de' Rustici (ca. 1380-1445); 98. Laurent de Premierfait (ca. 1380-1418); 99. Enrique de Villena (ca. 1384-1434); 100. Alonso de Cartagena (1384-1456); 101. Domenico da Prato (ca. 1389-1433); 102. Pedro de Toledo (activo en 1415); 103. Juan Alfonso de Zamora

(activo en 1422); 104. Moisés Arragel de Guadalajara (s. xv-1493); 105. Don Duarte, rey de Portugal (1391- 1438); 106. Infante Don Pedro (1392-1449); 107. Osbern Bokenam (ca. 1392-*p.q.* 1447); 108. Juan Alfonso González de Segovia (ca. 1393-1458); 109. Jorge de Trebisonda (1395-1486); 110. Vasco Fernandes de Lucena (-†1499); 111. Giannozzo Manetti (1396-1459); 112. Antonio da Rho (ca. 1398-1450); 113. Íñigo López de Mendoza (1398-1458); 114. Alonso de Madrigal, el Tostado (ca. 1400-1455); 115. Ferran Valentí (ca. 1400-1476); 116. Pedro Díaz de Toledo (ca. 1410-1466); 117. Niklas von Wyle (1410-1479); 118. Juan de Mena (1411-1456); 119. Pedro González de Mendoza (ca. 1428-1495); 120. Arnau d'Alfarràs (activo en 1457); 121. Pedro Núñez de Osma (activo en 1460); 122. Carlos, Príncipe de Viana (1421-1461); 123. William Caxton (ca. 1422-1491); 124. Alfonso de Palencia (1423-1492); 125. Robert Gaguin (ca. 1433-1501); 126. Ambrosio Montesino (ca. 1444-1514).

Abre la selección de los textos Heródoto de Halicarnaso, conocido historiador y geógrafo del siglo v a.C. que escribió unas *Historias* sobre los más importantes eventos de las tierras orientales mediterráneas y de los pueblos griegos. Sus viajes por Egipto le permitieron conocer a fondo esta cultura. El texto seleccionado es de los primeros que permiten profundizar sobre la consolidación de la profesión de los intérpretes, una de las siete ocupaciones en la que se dividía la sociedad egipcia [texto 1, pp. 29-30].

De la *Biblia*, más precisamente del Antiguo Testamento, el *Eclesiástico* o *Libro de la sabiduría* se considera el primer testimonio sobre los trances de la tarea consciente de verter un texto a otro idioma y, al mismo tiempo, del esfuerzo por respetar su significado original. El texto fuente fue escrito en hebreo por Ben Sirá y llama la atención sobre el patrimonio religioso de Israel en un momento de peligrosa expansión helénica. Paradójicamente, el texto se conserva gracias a la traducción en griego que realizó un anónimo nieto del autor. Santoyo recoge el conocido prólogo del traductor en el que expresa la intención de su tarea y las dificultades que ha encontrado: «a pesar de nuestros esfuerzos de interpretación, no hemos logrado dar alguna vez la debida expresión a las palabras» (p. 35). En efecto, el traductor nos indica que el significado del texto y de las palabras pierde su fuerza al traducirse desde el hebreo al griego; a pesar de que ello, la traducción sigue siendo una labor útil y necesaria para ajustar las costumbres conforme a la Ley de Dios [texto 4, pp. 35-36].

A la luz de los textos antologados, los problemas que encontraron los traductores occidentales y orientales de todos los tiempos parecen ser siempre los mismos. El monje budista Dao'an, que vivió en el siglo iv y tradujo del sánscrito al chino las escrituras budistas, fue un defensor de la traducción literal. En el texto recogido, se queja de las pérdidas de sentido que sufren los originales al ser traducidos a otras lenguas y hace hincapié en los cinco cambios principales que repercuten

sobre el sentido y la belleza del texto primigenio de las sutras budistas al ser traducidas al chino: en primer lugar, las palabras cambian de orden; en segundo lugar, el estilo tiene que adaptarse a los gustos del pueblo al que va dirigida la traducción; en tercer lugar, las repeticiones del original suelen ser suprimidas; en cuarto lugar, los comentarios también suelen ser eliminados; por último, cuando en el original se vuelve a un mismo tema tratado introduciendo una nueva perspectiva, de nuevo esta parte se omite por completo [texto 16, pp. 58-59].

Los problemas y dificultades no restan importancia a la tarea de verter un texto a otra lengua. En particular, la traducción cubre la necesidad de poder leer y comprender las Sagradas Escrituras. Así, Agustín de Hipona suplica a Eusebio Jerónimo que siga con su labor porque los estudiosos necesitan de su trabajo, no obstante las constantes críticas que recibe: «Te pido, y conmigo te lo pide toda la comunidad estudiosa de las Iglesias africanas, que no te canses de poner tu esmero y trabajo en traducir...» [texto 27, pp. 75-76]. De la misma forma, otro contemporáneo de estos dos autores, Rufino de Aquileia, nos cuenta cómo diversos hermanos insistían en que se tradujera desde el griego una obra muy importante que no podían leer en su versión original y cómo había rehusado realizar la tarea hasta que el mismo Macario se lo había pedido: «Sé de muchísimos hermanos que, acuciados por el deseo de conocer las Escrituras, han pedido a algunos varones doctos, especialista en las letras griegas, que hicieran romano a *Orígenes* y se lo brindaran a los oídos latinos» [texto 30, pp. 85-87].

No solo la poesía, los cantos, sagrados y seculares son objetos de traducción. En efecto, las canciones y los himnos compuestos para alabar a Dios, o simplemente para deleite de los reyes, nobles y del pueblo en general, necesitan pasar por un filtro preciso al ser trasladados a otra lengua. A finales del siglo IX, el monje suizo Notker Balbulus (el Tartamudo) en su *Gesta Karoli Magni Imperatoris* recuerda la orden de Carlomagno de traducir al latín unos laudes matutinos que el emperador había oído cantar a unos enviados griegos. Carlomagno pide que «tuviera especial cuidado de que cada frase correspondiera exactamente a las notas individuales de aquel canto». En efecto, quería que la nueva versión traducida no se distinguiera de la original, una dificultad más para el capellán encargado de la tarea [texto 71, pp. 163-164].

Un texto que no podía faltar es el prólogo de la *Historia regum Britannie* (1136 ca.) de Geoffrey de Monmouth, obra de la que proceden la mayoría de las leyendas medievales sobre la figura del rey Artús. Aunque existan dudas sobre la veracidad de la existencia de un original en lengua británica antigua, éstas no impidieron la repercusión que posteriormente tuvo sobre la labor de otros autores. Es interesante la explicación de Geoffrey de su elección a la hora de traducir el escrito con su «propio estilo llano», eliminando y evitando

«flores pintorescas de lenguajes». Al optar por un estilo sin adornos, según sus palabras, quiso que el lector pudiera llegar directamente a la historia, sin aburrirse y sin tener que gastar más tiempo del debido para entender lo que quería narrar [texto 85, pp. 183-185].

Hacia el año 1305, Dante, en su obra *Il Convivio* (como ‘banquete de sabiduría’) declara entre sus intenciones que quiere acercar varias canciones al pueblo que desconoce el latín y, preocupado de que pudieran tener una mala traducción, explica su decisión de escribir directamente en lengua vulgar y critica toda traducción de textos literarios. Según argumenta, toda «cosa armonizada por el enlace de las musas» no puede traducirse sin perder esa armonía y dulzura que había recibido en su primera creación; Dante explica que fue por esa razón por la que al pasar del hebreo al griego y del griego al latín los versículos del *Salterio* habían perdido toda su musicalidad y que, por eso mismo, no se había traducido Homero ni otros escritos griegos [texto 117, pp. 249-250].

La antología se cierra con el siglo xv, que ocupa alrededor de un tercio del libro. La razón de esta extensión es clara: por un lado, se encuentra más cerca en el tiempo y existen más testimonios conservados; por otro, una serie de coyunturas favorecieron el desarrollo de la actividad traductora durante este siglo² y, consecuentemente, existe un elevado número de textos que dan constancia de los procesos de traducción y de crítica. En esta última parte de la antología aparecen los nombres de muchos intelectuales españoles, como Pedro de Toledo, Enrique de Villena o Alonso de Cartagena, por citar algunos. Este último protagonizó largos debates³ con Bruni y con otro importante escritor italiano, Pier Candido Decembrio, que fue traductor y traductólogo. Estas controversias finalmente acabaron en amistades entrañables y contribuyeron a tender estrechos vínculos entre Italia y España, así como por la absorción en la península Ibérica de las modernas ideas humanísticas sobre cultura y traducción. Entre los muchos nombres del siglo xv, destaca entre todos el del humanista italiano Leonardo Bruni, con siete entradas. Las obras y las traducciones que realizó, con gran precisión y esmero, fueron objeto de estudio y a su vez de traducción, constituyéndose en vehículos de las nuevas corrientes literarias y culturales italianas. Interestantísimo y fundamental para entender la producción literaria de la época fue su tratado *De Interpretatione recta, Sobre la traducción perfecta*,

² Para el fenómeno y las cifras en España, vid. Elisa, Borsari, *Catálogo de traducciones anónimas al castellano del siglo xiv al xvi en las Bibliotecas de España, Portugal e Italia*, Madrid, Biblioteca Nacional de España–Ministerio de Cultura, 2011, pp. II-XLVII.

³ Sobre este tema vid. María, Morrás, «El debate entre Leonardo Bruni y Alonso de Cartagena: las razones de una polémica», en *Quaderns. Revista de traducció*, 7 (2002), pp. 33-57 y T. González Rolán, A. Moreno y P. Saquero, *Humanismo y teoría de la traducción en España e Italia en la primera mitad del siglo xvi. Edición y estudio de la «Controversia Alphonsiana» (Alfonso de Cartagena vs. Leonardo Bruni y Pedro Candido Decembrio)*, Madrid, Eds. Clásicas, 2000.

[texto 151, pp. 316-327]. Sus ideas sobre la traducción están explicadas con extrema claridad.

Para terminar, es importante destacar el ejemplo que el profesor Santoyo emplea a la hora de ilustrar la vieja polémica sobre la propiedad de un texto traducido más allá de los aspectos legales: si pertenece a su autor, quien concibió la obra original y por primera vez la escribió sobre papel, o si pertenece al traductor, que adquiere derechos sobre ella cuando reescribe y adapta el texto para un público lector nuevo y distinto. Contesta a esta pregunta Eusebio Jerónimo en el año 406 d.C. en una carta dirigida al obispo Teófilo, que le había pedido que tradujera al latín un texto suyo: «Recibe, pues, tu libro, o más bien el mío, o para decirlo más exactamente, el nuestro» (pp. 18 y 113). Eusebio Jerónimo transmite su idea con un juego de adjetivos y pronombres posesivos y no deja dudas sobre su juicio al respecto: el resultado final es un patrimonio común nacido de la colaboración intelectual.

Sobre la traducción: textos clásicos y medievales recorre dos mil años de historia cultural en una clara y didáctica aproximación al esfuerzo intelectual por comprender los límites y los desafíos de la traducción, una actividad intelectual paralela a la creación. Esta antología constituye una aportación de gran valor y notable originalidad en el panorama de nuestra teoría de la traducción y de la historia de la traducción desde sus orígenes.

Elisa BORSARI

Universidad de Alcalá / Centro de Estudios Cervantinos

Translations médiévales (Transmédié). Cinq siècles de traductions en français au Moyen Âge (XI^e -XV^e siècles). Étude et Répertoire, dirección de Claudio Galderisi, Turnhout, Brepols, 2011. 2 vols, 2189 pp.

Esta monumental obra, en dos volúmenes y un total de tres tomos, es el resultado del proyecto de investigación *Translations médiévales (Transmédié)*, dirigido por el profesor Claudio Galderisi de la Université de Poitiers, aprobado por la Agence nacional de la recherche (ANR) en 2006 y en el que colaboraron directamente e indirectamente más de un centenar de estudiosos de todo el mundo. Es un trabajo colectivo de investigación, recolección de datos y de reelaboración que duró alrededor de 7 años –ya que la primigenia idea nació en el año 2004– y que ahora se plasma en esta extraordinaria obra del saber. Este repertorio ofrece información filológica y bibliográfica sobre las obras históricas, filosóficas, literarias, religiosas jurídicas y científicas traducidas a las lenguas galorrománicas (oïl, occitano, gascón, franco-italiano, franco-provenzal, anglonormando, etc.), además de